MUNDO DE LIBROS

En las orillas del Sar

ROSALÍA DE CASTRO

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

En las orillas del Sar

Rosalía de Castro

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos.

* La ortografía ha sido conservada como en el texto impreso y no ha sido modernizada.

* Las notas a pie de página han sido renumeradas y colocadas al final del párrafo en que se las llama.

* Las páginas en blanco han sido eliminadas.

OBRAS COMPLETAS
DE
ROSALÍA DE CASTRO

I

[Ilustración]

OBRAS COMPLETAS
DE
ROSALÍA DE CASTRO

I

EN LAS ORILLAS DEL SAR

PRÓLOGO DE MANUEL MURGUÍA

[Ilustración]

MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
Mesonero Romanos, 10.
—
1909

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imprenta de Perlado, Páez y C.ª, Quintana, 33.

ROSALÍA CASTRO

Deus! con se joinel en lui bel _Cuers de lions et cuers d'aignel._

Cuando la vi encerrada en las cuatro tablas que á todos nos esperan, exclamé: «¡Descansa al fin, pobre alma atormentada, tú que has sufrido tanto en este mundo!»

Y esta exclamación salió tan de lo íntimo, respondió tanto á la emoción del momento, que pudiera decir que fué instintiva. Era imposible otra cosa. Nadie como yo sabía que jamás ojos algunos derramaron en sus días de aflicción lágrimas más amargas que las suyas, ni otro corazón como el suyo soportó en la tierra más duros golpes. El Cielo se apiadó de la infortunada el día de su muerte.

Mas se dirá: ¿acaso no tuvo sus días de felicidad, sus rosadas auroras, la paz y olvido que diariamente pedía á Dios en sus oraciones? Sí,

ciertamente. Sus hijos fueron para su corazón un supremo consuelo, aun cuando la llenaba de terror la idea de que pudiese llegar un tiempo en que tuviesen que sufrir como ella sufría. ¡Oh, esto no! Por lo demás, ingenua y confiada, puestas sus esperanzas en manos de Dios, y confiada en su infinita misericordia, nada la halagaba sino la paz de su casa. La misma gloria no la importaba. Los vanos ruidos del mundo se apagaban á sus puertas, no tan olvidadas como ella quería, ni tan ajenas al tumulto de la vida que no la trajesen temores y sobresaltos, pues nada la asustaba tanto como la posesión de una dicha inesperada. Le parecía que forzosamente debía traer consigo una nueva tormenta.

Soportando ciertas indiferencias que en el alma me dolían, y para ella no pasaban desapercibidas, pues tocaban en los límites de la injusticia, muchas veces le dije que nadie en este mundo haría justicia á su obra, sino yo. Ella me contestaba siempre: «Deja pasar todo; no somos más que sombra de sombras. Dentro de poco, ni mi nombre recordarán. Mas, esto, ¿qué importa á los que hemos traspasado nuestros límites?» Y era lo cierto, porque á pesar del entusiasmo con que se acogieron sus libros todos, una frialdad dolorosa la envolvía de tal modo, que entre el triunfo alcanzado y la justicia que pedía fuese como era debido, ponía un mundo de distancia. Porque al positivo valor literario de su primer volumen de versos en lengua gallega,[1] se unían otras condiciones, no diremos superiores, pero sí muy dignas de tenerse en cuenta para juzgar su libro y la obra de regeneración con él emprendida. Verdadera reveladora del alma de su país, apareció entonces para la generalidad como una más; para muy pocos, como la única. Y así, con una dolorosa facilidad, vinieron para el poeta las mansas injusticias, acompañadas de las limitaciones y

pérfidos ejemplos de los que se les suponían iguales, cuando no superiores, con que una mala voluntad trató á su hora de herirla con gran lanzada.

[1] Juzgando Canalejas el libro de Rosalía, _Cantares gallegos_, en el artículo que publicó en 1864 en el diario _La Democracia_, lo señaló, no tan sólo como una dichosa aparición, sino que se alargó á juzgarlo como una renovación de la poesía en las fuentes siempre vivas de la inspiración popular.

Por fortuna, semejantes contradicciones no la importaban. Le eran indiferentes los triunfos, pues amaba la soledad y el olvido, y si algo podía consolar aquella alma verdaderamente inconsolable, era pensar que tal vez el Cielo le concediese un breve descanso, y aprovecharlo para producir algo que honrase su país y lo hiciese amar á los extraños; algo que dijese, con razón, que cuantos la tenían por la primera, debían tenerla.

Aquel inmortal amigo, por mi desgracia también recién enterrado, é inolvidable su memoria en mi corazón, Curros Enríquez, que con ella compartió más tarde el triunfo y el dolor de los hostigados por la suerte, amaba la obra de Rosalía Castro como la de un precursor y de una hermana. Honrando su alma de poeta, la anteponía á la suya, cuando en realidad eran dos seres gemelos que, heridos por una misma mano, habían soportado igual carga. Mas ella había precedido á todos. Había roto los hielos, recorrido victoriosamente la senda, y con armonioso acento habilitado, la primera, la lengua materna para la expresión de todos los sentimientos, lo mismo los populares que los que pertenecían al alma del inspirado. Y si á esto se añade que, á la vez, había dotado su obra de acentos tan apasionados y de una

sinceridad tan grande, que aun se espera quien haya de vencerla en la vehemencia y verdad de los afectos, bien claro dijo que cuantos en su país había caído en suerte el don de expresar sus ideas y sentimientos en versos armoniosos, podrían llegar á ser sus iguales, nunca superiores, pues ella ha tocado en los cielos sin mancha.

Lo que á los demás correspondía; lo que á su tierra y desgracias legendarias que le afligen tocaba directamente, eso era lo que en primer lugar le importaba. Quedaban para los que la amábamos aquellas otras explosiones de amor y de intensa pena que la abrumaban, el saber á qué grandes dolores se refería en sus versos. Los tiene que son amargos gemidos, en cuyas entrañas se encerraba, si puede decirse así, el dolor de los dolores que la abrumaban. Porque si hubo ser sensible que al menor roce se sintiese herido; si hubo alguien que en los momentos de desagracia se irguiese altivo como héroe que antes de caer vencido intenta levantarse y luchar todavía, fué ella. En su sangre circulaba, en sus carnes palpitaba algo de indómito y superior que venía de su raza y que parecía decirle: «¡Muere, pero sé digna de soportar la muerte!» Y en esto pudo haber también quien la igualase, pero no quien le fuese superior. En las grandes familias se ven á cada momento ejemplos de esta índole. Quien hablase á Rosalía, vería que era la mujer más benévola y sencilla, porque en su trato toda era bondad, piedad casi, para los defectos ajenos. Mas cuando la herían, ya como á enemiga, ya como acosada por el infortunio, era tal su dignidad, que pronto hacía sentir al que había inferido la herida todo el peso de su enojo. Pero vanidad, pero ansia de brillar, pero empeño de llenar este ó el otro cenáculo, pero deseo de aparecer como una mujer superior, eso, jamás lo sintió. Todo lo contrario, nada le importaban los triunfos alcanzados; nada el

renombre que sobre ella pudiera recaer. Hallábase contenta en la soledad de su casa, tranquila en sus medianías, satisfecha viendo crecer sus hijos y siendo con ellos dichosa.

***

¿Qué se podía esperar de una mujer delicada de salud, sensible, que cada emoción la hería hondamente? Que siendo en ella tan sincera la producción literaria, reflejase con toda intensidad el estado de su alma. Así lo hizo. Poeta moderno, fruto del dolor de su tiempo, cuyas carnes herían con largas y penosas vibraciones las penas que la ahogaban y las que veía soportar, ni una sola de sus poesías dejó de ser la viva expresión de la emoción que la embargaba. ¿Cómo extrañar ni la gracia y verdad con que describe en sus versos en gallego las costumbres populares del país,[2] ni las emociones que á la hora propicia la conmovían, ni la misteriosa vaguedad de unos versos en que dejó impresa para siempre la poderosa huella de su genio? En esto consistió su triunfo. Los hijos de Galicia que, ya bajo los cielos siempre serenos de Cuba, ya en las llanuras de la Argentina, leían á su poeta—sí, á su poeta, pues si los hubo entre nosotros que fuese amado con amor inextinguible, fué Rosalía—, los llevaban en su memoria y en su corazón; con ellos llenaban los abismos de tristeza que les consumía lejos de la tierra natal. En ellos veían reproducidas con entera fidelidad las cosas de la patria por que suspiraban en su destierro. Tan íntima compenetración del poeta con su pueblo fué lo que le dió el nombre merecido de que gozó entre los suyos.

[2] Tanto entrañó en sus versos los sentimientos y las costumbres de su pueblo, que entre las diversas composiciones vulgares que recogí

vinieron algunas de Rosalía aceptadas como propias por la multitud campesina. En el estudio de Milá y Fontanals acerca de la poesía popular gallega, la 129 y la 131 son de ella. Entre las que publicó más tarde el Sr. Pérez Ballesteros en su _Cancionero_, se hallan también otras como debidas á la musa del pueblo. Lo mismo pasa con algunas que aparecen en la monumental obra de Carolina Michaelis de Vasconcelhos, _Cancioneiro da Ajuda_, como fruto de la inspiración popular, en especial la que se transcribe como oída en Vigo, á la página 933 del tomo II, que puede leerse en los _Cantares gallegos_, aun cuando el vulgo modificó algunas estrofas.

***

Los antiguos bardos unían al don de la poesía el de la música. Nadie dirá que Rosalía haya hecho otro tanto, mas yo afirmo que si hubiera querido, le sería fácil. Era un temperamento por entero musical. De haber tenido una educación á propósito, hubiera sido una tan gran compositora como fué gran poeta. Á semejante condición debió sin duda que, sin intención—y no como un motivo de simple técnica—, obedeciendo tan sólo á la cadencia, que era en ella una facultad dominante, hubiese sido la primera en España á romper con la métrica usual en su tiempo. Causó su innovación tanta sorpresa, que su libro _En las orillas del Sar_ fué, por de pronto, mirado, desde este punto de vista, como un atrevimiento indisculpable, por unos; para los más, como un enigma. Todos se detuvieron para juzgarlo, concluyendo por confesar que las nuevas combinaciones de que hacía alarde, ni las admitía la costumbre, ni las comprendía su oído. Sin embargo de ello, las dudas fueron de un momento. Los que rechazaban la novedad y los que con ella asentían callaron, pero pronto vinieron otros que, rompiendo también con lo establecido, la

siguieron en la innovación, y quedó ésta sancionada.

Aun cuando había en ello alguna gloria para quien había hecho tan importante conquista, ni se advirtió el triunfo, ni gozó de él la infortunada. Se necesitó que un joven escritor de nuestros días, dolido de la injusticia, se adelantase á quejarse del hecho, proclamándola como _precursora_ de la reforma por ella iniciada sencilla, instintivamente, sin ánimo de constituir escuela, y sólo porque, como tan gran música, le estaba permitido romper con los viejos moldes, ensanchando los dominios de la métrica castellana. En pago, sin pararse en más, la crítica de entonces le echó en cara, como una gran falta, la de _adoptar metros inusitados y combinaciones nuevas_, en lo cual, ciertamente, no había pecado alguno.

Por su mal, en esto como en todo necesitó que la muerte la tomase para sí, empezando desde ese momento la forzosa reparación de los olvidos é indiferencias con que algunas almas mezquinas trataron de envolverla antes, después, á todas horas. Porque en cuanto á ver amada su obra de consuelo por sus paisanos ausentes, en especial por los pobres desterrados en América, de ese sí que gozó en toda su plenitud. Nada pudo hacerlo menos. Á ellos debió en vida el cariño y entusiasmo con que recibían sus obras; á ellos el único amparo que tuvo en sus días de amargura; á ellos, casi, el monumento en que descansa. Fué triunfo que ninguna mala voluntad pudo hacer menos—cuando trataron de sus versos en gallego—, ni aun la de aquellos que se apresuraron á amenguarlo, no hallando en los frutos de su inspiración más que asuntos secundarios de escaso empeño y mérito relativo, porque, según ellos, cuanto toca á la gente campesina era de por sí misma inferior, y el lenguaje en que se expresaba el poeta, inferior también. Mas viéndola después escribir sus versos en

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com